

MOSAICO DE COSTUMBRES DESAPARACIDAS

- P. Benet -

Resulta fácilmente constatable que, con el correr de los tiempos, las costumbres cambian y, buena prueba de ello lo constituye la famosa frase de Cicerón pronunciada hace más de 2000 años: "O tempora, o mores!", es decir: "¡Oh tiempos, oh costumbres!", que nos confirma el hecho de que ya entonces se daban cuenta del emparejamiento existente entre los avances progresistas y las enormes evoluciones costumbristas. También está muy claro que, con ese devenir de los años, lo que en tiempos pretéritos parecían auténticas perversidades o modas demoníacas, vienen a considerarse poco después como comportamientos o situaciones perfectamente normales (recuérdese a este respecto el impacto mundial que produjeron los primeros bikinis); pero, de la misma manera que esa imparable transformación histórica ha dejado en la cuneta, afortunadamente, a muchas costumbres bárbaras e inhumanas, también ha contribuido a que desaparezcan otras buenas costumbres que imprimieron huellas imborrables en quienes las protagonizaban. Y eso es lo que ha ocurrido en Navajas de una manera terrible durante el pasado siglo, en el transcurso del cual, más de 50 costumbres que se venían practicando secularmente, dejaron de existir.



Cascada del Brazal.

Mi modesta pretensión va encaminada, pues, a intentar conseguir que, de algunas de las más representativas (que con ligeras variaciones estarían igualmente implantadas, según parece lógico, en otros pueblos de nuestra comarca) quede constancia escrita, con el fin de evitar que se pierdan o tergiversen, merced a la deformaciones que producen los imprecisos recuerdos que se suelen transmitir oralmente de generación en generación.

Los saltos de las novias

El sitio de honor de las costumbres desaparecidas, lo ocupa en Navajas, "los saltos de las Novias" ya que, desde tiempo inmemorial las mujeres que iban a contraer matrimonio debían bajar, algún domingo prefijado del año, al paraje en que el río Palancia se estrecha considerablemente, junto al pie de la cascada del Brazal, muy cerca del manantial de Mosén Miguel y allí, en presencia de sus convecinos, debían saltar de una orilla a otra, ante la creencia de que dicho salto presagiaría toda suerte de venturas para quienes iban a casarse. Pero una de esas doncellas cuyo nombre y fisonomía se han perdido con el correr de los años, saltó mal, cayó al Palancia y comenzó a evidenciar con sus incontrolados braceos que se estaba ahogando en sus aguas; el novio, al percatarse de ello, se lanzó al río para intentar salvarla y los dos perecieron estrechamente enlazados.



Y es tanto el impacto que todavía emana de aquella costumbre, ya en desuso tras el fatal desenlace anteriormente narrado, que ahora, a pesar del tiempo transcurrido, todavía hay quienes afirman que, en determinadas noches del año, el rumor del Palancia parece entonar un canto de lamentación por haber dado muerte a aquellos dos seres que tanto se quisieron.

El día de los inocentes

Ya más cercana en el recuerdo aparece la costumbre que se llevaba a cabo cada 28 de diciembre. Ese día se formaba en el pueblo el "Tribunal de los Inocentes" constituido por varios ancianos dotados de muy buen humor que portando la "balanza de la Justicia" (tosco remedo de dicho símbolo, formado por dos puntales¹ colocados en forma de cruz y dos capazos que pendían del puntal horizontal) hacían acto de presencia en la Iglesia parroquial y durante la Misa pasaban un arel entre los fieles, a guisa de bandeja petitoria, para recaudar donativos.

Finalizados los oficios religiosos, se colocaban a la puerta del templo e invitaban a los fieles a depositar en el citado cedazo una especie de impuesto revolucionario en metálico, de escasísimo valor, desde luego, mediante el cual se librarían de ser conducidos atados con sogas hasta la plaza del Olmo.

Como se comprenderá, no todos deseaban librarse del castigo, es más, muchos se negaban a pagar, por el placer que suponía el escuchar las sentencias que el "Presidente del Tribunal" les imponía, emitidas en verso desde lo alto del cerco del Olmo, porque cualquier excusa era buena y, por lo tanto, el hecho de ser bajo o alto, gordo o delgado, o el estar al sol o a la sombra o bien el haber protagonizado algún episodio singular a lo largo del año, era motivo más que suficiente para que se les condenase a pagar, tras escuchar la pública sentencia, por lo menos el doble de lo que hubiesen abonado "voluntariamente" a la puerta de la Iglesia.

Esta costumbre permaneció en vigor hasta el primer tercio del pasado siglo, pero después degeneró y se convirtió en la persecución que los chiquillos llevábamos a cabo cada 28 de diciembre de las décadas 40 y 50 por todas las calles del pue-

blo, hasta que lográbamos alcanzar a las niñas, que debían darnos alfileres a cambio de que no las atásemos. Pero de todo ello ya no queda actualmente más que vagos e imprecisos recuerdos.

El chau-chau

El chau-chau (o chaucháu) era la denominación que se aplicaba a la bendición de las casas que llevaba a cabo el párroco del pueblo cada Sábado de Gloria, que es como se conocía antes de la reforma litúrgica al actual Sábado Santo.

Al parecer, la palabra chau-chau podría proceder de chaucha, que es el nombre que en algunos países sudamericanos dan a las monedas más pequeñas de plata de baja ley y, por lo tanto, de poco valor, conociéndose como chauchera al portamonedas y chauchero a la persona que realiza pequeños servicios y recibe a cambio escasas cantidades de dinero; es decir, lo mismo que le ocurría al sacerdote. El hecho de que yo escriba esta palabra separada por un guión se debe a que nosotros la pronunciábamos con una casi imperceptible separación entre sus dos sílabas, lo que parecía indicar la presencia de ese guión, aunque también es posible se tratase de dos. Además, chaucháu (escrito todo junto) es un guiso argentino en el que su principal ingrediente son las chauchas, es decir, unas vainas de la legumbre conocida como poroto y ello nada tiene que ver con la costumbre en cuestión. También es posible que la palabra proceda de la onomatopeya del sonido que producen las monedas al golpearse entre sí, lo que sucedía al juntarse los donativos en metálico que las dueñas de las casas entregaban al sacerdote como recompensa, tras la bendición de sus hogares y, en ese caso quizás debería escribirse todo junto.

Independientemente del origen del vocablo en cuestión y de su correcta escritura, lo que verdaderamente atañe a la costumbre ya desaparecida ocurría en aquellos bulliciosos Sábados de Gloria, en los que se daba rienda suelta a una alegría desmedida, como contrapunto a los austeros Jueves y Viernes Santos en los que el pueblo permanecía tan silencioso que incluso se les quitaba a los caballos los cascabeles que portaban alrededor de su cuello, con el fin de que no se escuchase sonido alguno. Tras la Misa de Resurrección, se repartía agua recién bendecida a quienes se acer-

caban a la iglesia portando recipientes con agua sin bendecir y, después del intercambio de aguas, daba comienzo el chau-chau. El señor Cura, revestido con roquete y portando en las manos un pequeño crucifijo y un libro de rezos, iba de casa en casa rezando ante cada una de ellas y rociándolas con agua bendita. Acompañaban al Sacerdote varios monaguillos: uno de ellos, a considerable distancia del grupo, hacía sonar una campanita con la que anunciaba a los convecinos la cercanía del chau-chau; otro llevaba el acetre y el hisopo; dos más portaban una canasta y, tras ellos, un numeroso grupo de chiquillos cantaban las candorosas estrofas de la interminable ceremonia. La que daba nombre a la bendición de las casas y se repetía con más frecuencia, decía así:

*Ángeles somos, del cielo venimos,
cestas traemos y huevos pedimos.
Chau chau, "dinericos robellaos",
amen amen, y "huevicos también".
Todos los que estén "pollaos",
los tiraremos al "tejao".*

Como es fácil observar, las expresiones utilizadas son muy propias de nuestra zona y no necesitan explicación, sin embargo, había una curiosísima estrofa que decía:

*Cuatro "pollicos" tiene mi tía,
uno le canta y otro le pía
y otro le toca la sinfonía.*

En ella, a pesar de que constaba que se trataba de cuatro pollitos, sin embargo, sólo se aireaban las virtudes de tres de ellos, sin que se sepa qué hizo el que faltaba, para que no se le mencione.

Los niños cantábamos a voz en grito mientras las pequeñas monedas con que se recompensaba al Sacerdote iban a parar al fondo del acetre, los escasos billetes al libro que llevaba el señor Cura y los huevos a la canasta portada por los monaguillos.

Así como se acercaba la hora de comer, nos íbamos turnando los componentes del coro infantil porque todos queríamos estar presentes cuando ya bien entrada la tarde, una vez bendicidas las casas, el Párroco ofrecía una recompensa a todos los que le habíamos acompañado durante tantas horas.

Como es natural estas dádivas clericales se fueron actualizando con el paso del tiempo y pasaron de los cinco céntimos para varios niños a alguna que otra peseta para cada uno, a pesar de lo cual, ya no hay nadie que cante las candorosas estrofas del chau-chau.

El huerto de Pascua

Es esta una costumbre que, afortunadamente, ha vuelto a renacer en nuestro pueblo, aunque le concedo categoría de desaparecida porque estuvo varios años sin llevarse a cabo, hasta que ahora se ha hallado la fórmula ideal para que no se pierda: lograr que se encargue de su realización la Reina y Corte de Honor de las fiestas patronales.

Consiste en transformar la plaza del Olmo en una especie de jardín, con macizos, borduras, estatuas, fuentes, alfombras pintadas en el suelo y cuanto le dé apariencia de huerto, que es como en Navajas se les llama a los jardines, para que en él tenga lugar, en la mañana del domingo de Pascua de Resurrección, el Encuentro entre una imagen de Jesús y otra de la Virgen María. Esta ceremonia se ve completada con "las cortesías" que son las evoluciones sincronizadas que realizan quienes portan la pequeña imagen de la Virgen, con las que dan la impresión de reverenciar a su Hijo.

La desaparición de esta costumbre tuvo lugar en 1973, al asfaltarse la plaza donde se llevaba a cabo secularmente, porque el asfalto añadía una dificultad a la ya pesada tarea de acondicionamiento, que solía ocupar toda una noche de intenso trabajo; pero, en 1986, con ocasión del 350 aniversario del Olmo, quienes formábamos la Comisión que estuvo al frente de los festejos conmemorativos, ayudados por varios amigos, demostramos que se podía hacer de nuevo y posteriormente, tras llevarse a cabo de manera intermitente se ha hallado la fórmula actual que parece resultar muy válida a la hora de mantener esta costumbre, que no debe desaparecer.

Esperar a la dula

Se conoce como dula, al conjunto de cabezas de ganado de un pueblo y, aunque la palabra se aplica más bien a los caballos, en nuestra comarca, con muy buen criterio, se utilizaba para referirse al



conjunto de cabras de propiedad privada (casi todas las familias poseían una por lo menos) que pastaban juntas a las órdenes del dulero.

Cada día, sobre las 8 de la mañana, pasaba el dulero por varias calles prefijadas y hacía sonar una corneta de posta para que los propietarios de las cabras, al escuchar esa señal acústica, las hiciesen llegar al rebaño con el fin de que anduviesen todas juntas pastando por el término municipal hasta que ya anochecía y era entonces cuando comenzaba el comedido de los niños que debíamos esperar a las cabras en la plaza de la Iglesia para conducir las a nuestras respectivas casas, porque, aunque algunas iban solas hasta sus corrales, a otras había que llevarlas casi a rastras.

Naturalmente, en la actualidad, ya no quedan cabras en las casas y, por lo tanto, los chiquillos ya no aguardan por las tardes con impaciencia la llegada del macho cabrío para poder torearlo, antes de obligar a sus cabras a regresar a sus hogares.

La cencerrada

Según el diccionario, cencerrada es “el ruido desapacible hecho para burlarse de alguien”. Se llama precisamente así porque los instrumentos más utilizados para producir el desagradable alboroto musical eran los cencerros o esquilas que portaban los animales pendientes del cuello.

En Navajas se llevaba a cabo la cencerrada cada vez que tenía lugar algún casamiento en el que uno de los cónyuges era viudo; cuando esto ocurría, se confabulaban algunos convecinos y, haciendo sonar cencerros, botes, cacerolas, tapas de ollas y cuantos utensilios se les ocurriese que resultaban aptos para la percusión, se dirigían a casa de los recién casados en donde les obsequiaban con un estruendoso “concierto”.

Naturalmente la costumbre no es privativa de Navajas, ya que ha estado arraigada en toda la geografía española y hasta en América del sur, pero en nuestro pueblo había una vertiente de la misma que consistía en hacer desfilar a los contrayentes, una vez acabada la ceremonia religiosa, bajo un tosco palio confeccionado con una manta *taleguera*² sostenida por varios puntales.

Ni que decir tiene que los candidatos a recibir la cencerrada intentaban mantener en secreto el día y la hora de su boda, con el fin de

evitarla, pero casi siempre se conocía con anterioridad y no importaba que la hora fuese intempestiva (solían casarse a las 6 de la madrugada) para que tuviese lugar, aunque, en el caso de no saberse a tiempo, lo único que servía era para posponerla, complementándose entonces con coplas más o menos groseras, que en ocasiones resultaban altamente insultantes.

La intensidad y duración de la cencerrada solía ser proporcional a la magnanimidad de los contrayentes, hasta tal punto que hubo quienes la evitaron distribuyendo dulces entre los que estaban dispuestos a amenizarles la noche de bodas.

Afortunadamente ahora ya no se da ninguna importancia al hecho de que se case alguna persona viuda en segundas nupcias y, por lo tanto, no tienen razón de ser aquellas ruidosas manifestaciones, que incluso podrían haber resultado simpáticas si se hubiesen limitado a armar ruido sin inmiscuirse en la vida privada de los demás ni burlarse de algunos convecinos, sino simplemente como una manera de desear felicidad a los nuevos esposos.

Creo conocer la fecha en que finalizó esta costumbre, pero por estar ligada a personas que todavía pueden identificarse con ella, tan sólo apunto que hace más de cincuenta años que no se ha vuelto a realizar una cencerrada en nuestro pueblo.

La tría

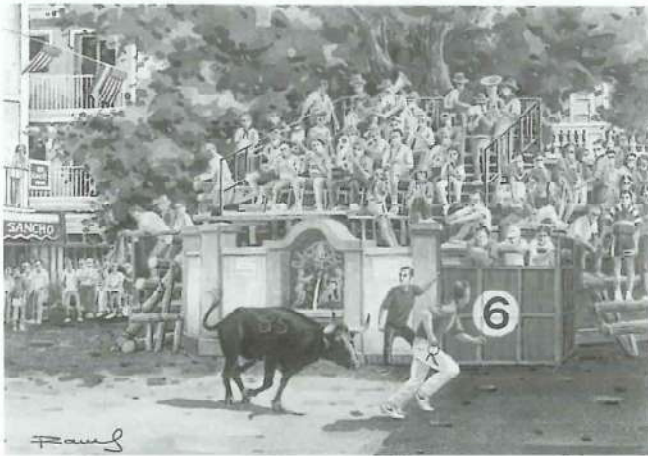
Se conoce como tría a la separación de las reses necesarias para un festejo, del resto de la manada; es decir, lo que en términos taurinos recibe el nombre de apartado y se realizaba cada día de la semana de toros, un rato antes de que se llevase a cabo la entrada.

El lugar elegido para la tría era el tramo de río que hay en los alrededores del molino del Nogueral, a donde solíamos bajar para contemplar de cerca todo su proceso. La manada pastaba tranquilamente en la orilla opuesta del Palancia, separada de nosotros sólo por la barrera natural del río; pero jamás se dio el caso de que alguna res cruzase de una parte del cauce a la otra, a pesar de que los pastores hostigaban a los animales elegidos, hasta que conseguían separarlos del resto.

Una vez consumada la tría, las cinco vacas y un toro, acompañadas por un manso, subían

con cansino paso hasta donde daba comienzo la entrada y nosotros precedíamos a los animales a velocidades directamente proporcionales al miedo que nos infundía el saber que venían detrás.

La costumbre desapareció allá por el 1967, merced a que a partir de entonces los astados que se utilizan en los festejos taurinos son transportados diariamente desde las ganaderías hasta el lugar en que se les suelta para que dé comienzo la entrada, evitando con ello el peligro que puede suponer que deambulen libremente por las márgenes del río, pero privándonos de una hermosa costumbre que todavía perdura con nostalgia en nuestras mentes.



Acuarela de Rams. Fiestas taurinas en la Plaza del Olmo.

Las fallas de S. Antón

He de aclarar como premisa, que en Navajas, tradicionalmente, a las hogueras se les ha llamado fallas, aunque últimamente parece ser que, quizá bajo la influencia de los medios de comunicación, ya se denominan de las dos maneras.

Las fallas de S. Antón comenzaban a gestarse en las vacaciones de Navidad, que eran las fechas que aprovechábamos los chiquillos para ir en busca de enormes zarzales, provistos de hoces, cuerdas, puntales, garranchos³ y horcas; es decir, de cuantos utensilios nos pareciesen oportunos para poder trasladarlos hasta el lugar en donde los almacenábamos.

Era una gratísima tarea que llevábamos a cabo distintos grupos de amigos con el beneplácito de nuestros padres porque contribuíamos a mante-

ner limpios diversos parajes en los que proliferaban esos molestos arbustos; pero la rivalidad entre pandillas nos obligaba a montar guardia ante el lugar en que depositábamos los cambrones, para evitar tentaciones de nuestros competidores que, al menor descuido, trataban de que disminuyese nuestro acopio de zarzas para que aumentase el suyo.

Por fin llegaba la esperada noche de S. Antón y, nada más escuchar el volteo de campanas, prendíamos fuego poco a poco a todo nuestro "combustible" tratando de conseguir que nuestra falla fuese la que más tiempo permaneciese encendida, para lo cual lanzábamos a ella también todos los utensilios viejos de madera que habíamos logrado reunir.

Casi todas las calles del pueblo contaban con una falla y si algún vecino había tenido un animal enfermo antes de que llegase la fiesta de S. Antón y se le había curado, solía reunir gran cantidad de leña y muchas aliagas para que su hoguera luciese potente, como agradecimiento al santo patrón de los animales.

Cuando ya las fallas estaban en pleno apogeo, se quedaban uno o dos miembros de cada cuadrilla al cuidado de ellas y el resto, cubriéndonos el rostro con medias para evitar que se nos chamuscasen los cabellos, intentábamos saltar peligrosamente a través del fuego, de una parte a otra de cada una de ellas.

El asfaltado de las calles fue el causante de que desaparecieran y, en la actualidad, tomando las naturales precauciones para no dañar el firme, se encienden cada año sendas hogueras en la plaza del Olmo y en la de España, que permanecen ardiendo todos los días que duran las fiestas en honor a S. Antonio Abad.

Las albadas

Las albadas (*o albás*), como más comúnmente se les llama en nuestro pueblo, son composiciones musicales que han permanecido inalterables a lo largo de muchos años y a las que se les iba aplicando, escritos expresamente para cada ocasión, unos romances; es decir, unos cuartetos octosílabos que rimaban en asonante; aunque, dependiendo de la pericia, destreza o inspiración de quienes las escribían, en ocasiones rimaban en consonante y pasaban a considerarse como redondillas o



serventesios. Se cantaban en la nochebuena con acompañamiento de instrumentos de cuerda y alguno de percusión, entre los que destacaba el “cañiset”, curiosísimo conglomerado musical formado por una ristra de huesos de cordero dispuestos paralelamente entre sí, que se hacían sonar frotándolos con otro hueso en un constante subir y bajar por la retahíla ósea, al ritmo de la albada.

Este cántico mantenía la peculiaridad de que cada estrofa era cantada primero por un solista y después era repetida, con ligeras variaciones, por el coro. Se podría considerar, por lo tanto, como una especie de villancico, cargado en ocasiones con cierto sentido religioso, si las letras aludían a Vírgenes y Santos, y lleno de connotaciones totalmente profanas, si se referían a las personas más importantes del pueblo, a quienes se podía criticar mediante ese procedimiento. Otros destinatarios del cántico solían ser todos los convecinos que hubiesen protagonizado a lo largo del año algún episodio que pudiese dar lugar a una jocosa crítica y también se utilizaba la albada para alabar las virtudes y bellezas de algún miembro femenino de la comunidad.

La primera se cantaba siempre en la puerta de la Iglesia y tuvo durante toda su existencia la misma letra; comenzaba diciendo: “Dios hizo el mundo en seis días / y el séptimo descansó”; la segunda se le cantaba al Sr. Cura, la tercera iba destinada al Alcalde y luego ya no había un orden prefijado.

La primera vez que escuché cantar albas en Navajas fue en 1953 y me impresionaron gratamente; luego, con el correr de los años, tuvimos ocasión hasta de cantarlas nosotros en dos o tres Navidades, una de ellas fue en 1986, con motivo del 350 aniversario de nuestro Olmo y desde entonces guardo las letras que hemos utilizado cada vez que hemos salido a cantarlas.

Es una lástima que la juventud no tome conciencia de lo importante que es mantener estas tradiciones. Ojalá algún día se animen y podamos gozar nuevamente de ellas.

La noche de S. Juan

Desde tiempo inmemorial se ha atribuido poderes mágicos a la noche más corta del año. Ya los romanos celebraban bacanales en esa fecha,

ante la creencia de que en esa noche podía hacerse realidad cualquier ilusión.

Hasta tal punto ha llegado a nosotros esa fe ancestral que atribuye a la peculiar noche influencias positivas, que a través de transmisiones orales nos han legado algunas curiosidades que deseo constatar; por ejemplo: que en esa noche florecen las “*carchofas*”⁴; que si metes la clara de un huevo en una botella, toma la forma de un barco; que si te asomas a las doce de la noche al brocal de un pozo y ves en el fondo un atáud blanco quiere decir que morirás joven y que si lo ves negro significa que morirás viejo; que si quieres “*empeltar un mangranero*”⁵ debes hacerlo trece días antes de esa noche, porque de esa manera el injerto no falla jamás; que la “*falaguera*”⁶, de la que se dice que “*florese, grana y espolsa*” en esa noche, tiene poderes hipnóticos, y muchas más cosas que no enumero por no hacerme demasiado prolijo.

Es una noche tradicionalmente ligada a cuatro elementos esenciales en la vida primitiva: a la tierra, al agua, al viento y al fuego, pero en nuestro pueblo quedaba asociada, sobre todo, al ruido, quizás bajo la influencia de una tradición germana que atribuía al ruido el suficiente poder como para ahuyentar a los malos espíritus.

Cada noche de S. Juan recorríamos el pueblo haciendo sonar sin interrupción cascabeles y esquilas en un estruendoso y disonante concierto, aunque, si algún chiquillo no disponía de los mencionados instrumentos o no deseaba usarlos, no tenía más remedio que recurrir a los botes. Efectivamente, días antes de la mágica noche, ya nos preparábamos unos botes de los que contienen conserva, a los que les quitábamos la tapa, e introducíamos en ellos un número indeterminado de piedrecitas, tras lo cual, los aplastábamos en su parte superior para evitar que las piedras se saliesen y con esa sencilla manipulación conseguíamos rivalizar ampliamente con el sonido producido por esquilas y cascabeles al agitar los botes con movimientos bruscos.

El aspecto negativo del inocente festejo procedía de otra costumbre de esa noche, que ya no resultaba tan simpática como el ir haciendo ruido por el pueblo; algunas personas solían arrojar agua desde las terrazas de las casas en el preci-

so instante en que pasaba por debajo la ruidosa comitiva y creo que esa manera de proceder contribuyó a que la curiosa forma de conmemorar la noche de S. Juan, dejara de llevarse a cabo en la década de los cincuenta del pasado siglo.

Las espanojadas

Hace años, cada otoño, cuando las frescas noches comenzaban a parecer demasiado largas tras unas tempranas cenas huérfanas de radios y televisiones, quedaban horas de difíciles silencios que había que llenar con juegos de azar practicados en familia o con relatos, en los que la verdad se mezclaba con grandes dosis de imaginación o con escasas dotes memorísticas, para embelesamiento de los niños; pero llegaba un momento en que, bien fuese porque los recuerdos o la agudeza familiar se agotaba o bien por el cansancio acumulado tras largas y penosas jornadas en el campo, se recurría a repetitivas narraciones que nos aprisionaban en la monotonía, contribuyendo a que las largas vigiliass se hiciesen tediosas e insupportables para los niños y más aún para los jóvenes, a quienes no se les solía permitir el salir de casa por las noches después de cenar. Era entonces cuando las espanojadas⁷ (o “*espanojás*”) venían a cumplir una función de solidaridad, a la vez que rompían aquella monocorde sucesión de nocturnos minutos otoñales.

Aquellos años se plantaba mucho maíz en Navajas y, al llegar la recolección, las mazorcas se iban almacenando en la entrada⁸ de las casas hasta que se convocaba a los familiares, vecinos y amigos para que acudiesen una noche a “*espanojar*”, tarea gratísima en la que, mientras se separaba el panizo de las pellofias, quedaba tiempo suficiente como para cantar, pasar revista a los acontecimientos locales y contar chistes, chascarrillos o relatos más o menos veraces, adobados con esa salsa jocosa que emana de la sabiduría popular, lo que solía provocar la hilaridad de la concurrencia. Para los más jóvenes la noche alcanzaba una dimensión extraordinaria cuando aparecía una mazorca con algún grano de color rojo, ya que dicho hallazgo confería potestad para besar en la mejilla a algún miembro del sexo contrario o cuando vislumbraban otras *panojas* cuyas puntas estuviesen negras debido al ataque del tizón, lo

que les permitía lanzar un pellizco cuya intensidad estaba en función del grado de simpatía que el pellizcador sentía por el pellizcado.

Lo mejor de las espanojadas lo constituía, sin embargo, la posibilidad de que saliese algún ratoncillo de entre las mazorcas, a quien acosar, y el poder disfrutar degustando las pastas caseras que cada ama de casa preparaba con esmero para invitar a todos los que formaban parte de ese trabajo solidario que cumplía una grata función social.

La costumbre fue degenerando a la par que disminuyó el cultivo del *paniso*⁹ y ya hace más de cuarenta años que sólo se ha llevado a cabo esporádicamente y sin la presencia de unos jóvenes a los que ya no les hace falta la excusa de las espanojadas para verse dónde, cuándo y cuanto quieran.

Los matacerdos

Cada año. Al llegar los meses de enero y febrero, la mayor parte de los habitantes de Navajas, al igual que sucedía en los demás pueblos de nuestra comarca, se preparaban para uno de los acontecimientos más relevantes de la vida familiar: los matacerdos, que ocupaban más de una jornada de trabajo.

Sobre las nueve de la mañana aparecía el carnicero o matarife, portando una gran mesa de madera que depositaba en la calle, enfrente mismo de la entrada principal de la casa en donde iba a tener lugar la inmolación y, tras saborear las pastas y licores de rigor, con ayuda de varios hombres, izaba el cerdo hasta el tablero, entre los agudos gruñidos del paquidermo que parecía intuir lo que le iba a suceder. En esta tarea, la costumbre concedía al hijo más pequeño de la casa la sujeción del rabo del animal.

No quiero entrar en detalles escabrosos sobre aquellas muertes públicas y vitoreadas, con las que se pensaba paliar el hambre durante mucho tiempo, porque son conocidos por todos y me limito a contar las peculiaridades que los matacerdos presentaban en nuestro pueblo; por ejemplo: la piel del ejemplar recién inmolado era quemada utilizando para ello aliagas encendidas y, una vez bien socarrada, se limpiaba con abundante agua y la ayuda de piedras provistas del mayor número de aristas posible con el fin de que se pudiese restregar hasta la exageración. El agua derramada corría por



las calles del pueblo, todavía sin asfaltar, lo que daba derecho a los propietarios de las casas por los que pasaba el reguero a recibir un "presente"; es decir, pequeñas cantidades de distintas partes del cerdo recién muerto. Con otros "presentes" se solía obsequiar también al médico, al señor cura y al maestro, a quienes, además, se les adjuntaba algún embutido procedente del matacerdo.

Del cerdo se aprovechaba todo, hasta las cerdas más largas, con las que se confeccionaban pinceles y también la vejiga de la orina que, una vez seca, se convertía en un balón más bien apelinado cuyos saltos en contacto con el suelo tomaban direcciones totalmente imprevisibles, a pesar de lo cual resultaban muy apreciadas en aquellos tiempos de escasez en los que ni de balones disponíamos.

El último matacerdo propiamente dicho; es decir, de índole familiar y llevado a cabo cada año sin interrupción, tuvo lugar en Navajas en 1987, aunque luego ha habido otros de manera esporádica. También con motivo de las fiestas de S. Antón, ha habido algún que otro matacerdo en la plaza del Olmo como recuerdo del que antiguamente se llevaba a cabo con el "puerco de S. Antón", un lechón bendecido el día de la fiesta del patrón de los animales que deambulaba libremente por las calles del pueblo a lo largo de todo un año y se criaba con los desperdicios que los vecinos le echaban, hasta que era inmolado en la siguiente conmemoración de esa fiesta.

El pan de poya

Hay que remontarse a los años anteriores a nuestra guerra civil para encontrarse con la existencia en el pueblo de hornos comunitarios regidos por "paleras" y "poyeras", estas últimas eran las mujeres encargadas de limpiar el interior del horno, llenarlo de leña y darle fuego a las 4 de la madrugada, mientras que las paleras se encargaban de meter y sacar los panes por la boca del horno, con la ayuda de unas palas, que dieron lugar a su apelativo.

En aquellos tiempos casi todas las amas de casa amasaban una o dos veces por semana los panes que consumía toda la familia y pagaban el cocerlos en el horno comunitario, no con dinero, sino dejando a la poyera una cantidad de masa esti-

pulada de antemano. Con todas estas cochuras tan dispares se confeccionaba el sabrosísimo pan de poya, que se vendía a las familias que no se fabricaban su propio pan a la vez que, con el sobrante, las dos horneras alimentaban a sus familiares.

Resultaba muy curioso el procedimiento que utilizaban las dos regentes del horno para repartirse la masa procedente de sus parroquianas; utilizaban a un niño que, escondido tras la leña que tenían apilada, iba adjudicando a su antojo a una u otra las masas que sus clientas habían depositado, evitando de ese modo que las dos ansiasen las procedentes de quienes mejor amasaban o despreciaban las de aquellas mujeres no demasiado limpias cuyas cochuras dejaban bastante que desear.

Como ya he apuntado anteriormente, el procedimiento utilizado para confeccionar el pan de poya dejó de usarse poco después de la guerra civil, al ponerse en funcionamiento hornos particulares.

El canto del sereno

La figura del sereno ha estado ligada a todos los pueblos de la geografía española, pero como la manera de ejercer sus funciones variaba considerablemente de unos lugares a otros, resulta agradable el poder recordar cómo las realizaban los serenos que hubo en Navajas y los utensilios que usaban para llevar a cabo su cometido.

Hasta el primer tercio del siglo XX el sereno solía llevar un farol y un chuzo con el que golpeaba el suelo en su deambular por las calles del pueblo acompasando su caminar rítmicamente con él. Posteriormente el chuzo se sustituyó por un garrote y el farol ya no tuvo razón de ser al estar las calles mejor iluminadas; pero hasta bien entrado ese siglo, los serenos continuaban llevando un manojo de llaves y ganzúas con el que ayudar a sus convecinos a abrir algunas puertas en el caso de que hubiesen extraviado sus llaves.

El sereno utilizaba siempre la misma melodía en su canto; era una especie de salmodia que repetía cada noche, a partir de las 12, en algunas esquinas de las calles, con letras diferentes según el tiempo atmosférico que hiciese en el momento en que la cantaba. La fórmula utilizada era: "Ave María Purísima, las cuatro, sereeeeno, en la que cambiaba, lógicamente, la hora y el estado que

presentaba la atmósfera, pues, si el tiempo no estaba raso, en lugar de “sereno”, se utilizaba “nublado” o bien “lloviendo” o “nevando”. A este respecto, cabe recordar la anécdota protagonizada por uno de esos serenos, que una noche cantó: “Ave María Purísima, las tres, ni sí ni no”, con lo que quería anunciar a sus convecinos que no se fiaba demasiado de las condiciones meteorológicas que concurrían en aquel instante.

Otro cometido del sereno era el despertar de madrugada a quienes lo solicitaban; a tal fin, en los quicios de las puertas se solía colocar un número de piedrecillas que coincidiese con el de la hora requerida para ser despertados, lo que conllevaba en ocasiones tremendos errores en nada imputables a los serenos, ya que los jóvenes solían variar el número de piedrecitas, lo que daba lugar a madrugar demasiado o a hacer tarde a donde se quería ir.

Hubo una faceta del canto de los serenos que la protagonizaban durante los días de Navidad cuando, luciendo sus atributos de vigilantes nocturnos ya reseñados y portando un gabán largo de color gris, que constituía su uniforme de gala, salían a pedir el aguinaldo a sus convecinos, mientras cantaban: “Aguinaldos al sereno; si no hay tortas hay dinero”.

El canto del sereno dejó de escucharse hace alrededor de cuarenta y cinco años; es más, en la actualidad ya no hay ni sereno en Navajas, ya que la plaza que ocupaban ha sido reconvertida y ahora está ocupada por un policía municipal. Por eso, al evocar los ya lejanos tiempos de la niñez, se echa en falta todavía, a pesar del tiempo transcurrido, aquellos cantos del sereno que bien podrían reeditarse aunque sólo fuese como reclamo turístico.

Epílogo

A todas las costumbres descritas podría añadir otras de índole religioso, como el volteo a mano, la bendición del término, las rogativas, el rosario de la aurora, la procesión de la bula o el ir a por brasas para el incienso (por citar las más representativas). También habría que contar con unos cuantos juegos ya desaparecidos como el canuto, los bufos, la mona, el marro, los tacos, la terreta y otros más que contaban con canciones propias, e incluso se podrían recordar algunos oficios, como el de varear colchones, el de atar escobas, el de capador, el de fajero, el de lañador y muchos más que tenían periódica presencia en nuestro pueblo, pero pienso que todos ellos constituirían un capítulo aparte en estas pinceladas que he querido aportar para que quede constancia de esas costumbres más arraigadas que nunca debieron desaparecer.

Notas.

- (1) *Puntal*, en el habla de Navajas, es un palo semejante a la horca, pero terminado en sólo dos púas.
- (2) Manta de lienzo basto.
- (3) Se denomina *garrancho* al palo que en uno de sus extremos forma un ángulo de 45º aproximadamente (es decir, algo semejante a la parte superior del número 1). Se utiliza para atraer las ramas más altas de los árboles frutales.
- (4) Alcachofas.
- (5) Injertas un granado.
- (6) Es el nombre que en nuestra comarca se da a la planta *teucrium aureum*.
- (7) Quiere decir separar las pellofias de las mazorcas de maíz: es sinónimo, pues, de desperfollar o espinochar.
- (8) Habitación de la casa que hacía las veces de comedor, cocina y recibidor.
- (9) Maíz.